

LA ETERNA SOLEDAD DEL CONOCIMIENTO

The eternal loneliness of the knowledge

SARA MADERA*

sarymadera@hotmail.com

Universidad Politécnica Salesiana

Quito-Ecuador

Resumen

La historia de la humanidad se encuentra atravesada por el deseo de conocer, de aprehender el mundo y sus fenómenos de manera que sean comprensibles e inclusive modificables. Este proceso se inició con la pregunta filosófica, con ese cuestionamiento básico que ha llevado al ser humano a indagar profundamente en diversos campos, pero que a la vez ha ido fraccionando el saber y provocando el olvido del horizonte original en pos de un almacenamiento gigantesco de datos que, en última instancia, simplemente es eso: una base informativa que ha olvidado al ser humano. ¿Puede la filosofía superar este problema y devolvernos al verdadero conocimiento?

Palabras claves

Conocimiento, filosofía, transdisciplinariedad.

Abstract

Humanity's history is crossed by the desire to know, and to apprehend the world and its phenomena so they become understandable and even modifiable. This process began with the philosophical question that has led the human being to dig deeply in various fields but also has broken up the knowledge causing forgetfulness of the original horizon towards a giant amount of data that, at the end, is just that: an informative storage that has forgotten humanity. Can philosophy overcome this problem and return us back to the true knowledge?

Keywords

Knowledge, philosophy, transdisciplinarity.

Forma sugerida de citar: MADERA, Sara. 2012. "La eterna soledad del conocimiento". En: *Revista Sophia: Colección de Filosofía de la Educación*. N° 13. Quito: Editorial Universitaria Abya-Yala.

* Estudiante en la Carrera de Filosofía y Pedagogía de la Universidad Politécnica Salesiana del Ecuador. Escribe en el blog "Siendo en Sí".

La realidad es infracción.
La irrealidad también lo es.
Y entre ambas fluye a veces un río de espejos
que no figura en ningún mapa.

(Antonio Juarroz)

336



A modo de introducción hemos de aceptar como circunstancia evidente que el conocimiento realiza un corte transversal en la realidad del ser humano, corte que se inicia con la apropiación que hace el homínido del mundo que lo rodea: un cerebro mejor preparado genera una conciencia más efectiva que aprehende los objetos externos convirtiéndolos en suyos. ¿Cómo? Mediante la palabra. No ha existido en la historia otra herramienta tan eficaz y a la vez tan imperfecta para asir y asirse al mundo, este elemento fundamental de la razón humana comienza a transformar la relación hasta entonces existente entre el ‘ente’ y el ‘otro’,¹ pues ya no se trata solo de encontrarse en el mundo, sino de nombrarlo, generando un aparente abismo entre el sujeto que conoce y el objeto conocido, alcanzando así el nivel más alto de abstracción que a su vez se basa en una serie de símbolos creados por el ser humano: de ahí que sea útil pero no completo y que justamente el ser humano se adueñe –de cierta manera– de lo que nombra. Se genera así, en última instancia, una nueva relación que ya no está al mismo nivel de ‘sujetos’, sino de un ‘sujeto’ que nombra, que selecciona y de un ‘otro’ u ‘objeto’ que es nombrado. En ese campo surge la pregunta sobre el conocer, sobre el hacer del conocer, sus posibilidades, falencias e imposibilidades; frente a lo cual este artículo pretenderá, simplemente, recordar la importancia del sustento filosófico del conocimiento aunque durante la exposición también pueda derivar en una propuesta filosófica acerca del verdadero conocimiento, aquel que es transdisciplinario en la esencia y no solo en el método. Sin embargo, ¿existirá tal *episteme*? ¿O se mantendrá aún la filosofía en una búsqueda utópica?

La filosofía puede preguntarse dónde ha comenzado el conocimiento, refiriéndose a un posicionamiento histórico-temporal, sin embargo, esto nos lleva, inevitablemente, a preguntarnos qué es el conocimiento y si tal cosa existe. Cassirer dirá que: “el conocimiento concebido de modo ingenuo, es un proceso por el que elevamos a conciencia, reproductivamente, una realidad ya de por sí existente, ordenada, estructurada” (Cassirer, 2004: 11), acepción bastante sencilla que nos lleva a considerar a la conciencia humana como un espejo que lo refleja todo, sin embargo, la humanidad no se ha construido en ningún lugar del globo como una masa homogénea que comparte las mismas impresiones sobre lo externo, por tanto Cassirer expondrá en contra de la anterior acepción

unidireccional y reduccionista que “el saber conceptual, cualquiera que él sea, no consiste en una simple repetición sino en la estructuración y transformación interior de la materia que el mundo exterior nos proporciona” (Cassirer, 2004: 11), a partir de lo cual podemos inferir que el conocimiento del mundo se inicia antes de la palabra, pero se construye y universaliza solo a partir de esta.

¿Qué conocemos? Será el siguiente posible cuestionamiento filosófico donde se da paso a lo que denominaré: desviación de la conciencia. Al menos en el mundo occidental² el conocer tiende a buscar lo externo sin que ello signifique un desentendimiento completo del propio ‘yo’, ya que desde sus inicios la filosofía busca ser la clave hacia el holismo de la humanidad, sin embargo, esto no evita que desde los primeros filósofos naturalistas la pregunta filosófica recaiga sobre el mundo: Tales y Anaxímenes buscarían el *arjé* de esta realidad que nos rodea pensando, muy probablemente, que al encontrar esa esencia encontrarían la razón misma de su ser.

Es así que estas primeras pesquisas filosóficas llegan a conclusiones materiales acerca de la sustancia³ (aquí entendida en su acepción aristotélica) de la realidad, en el caso de Tales el *arjé* es el agua y en el de Anaxímenes es el aire; nótese por tanto que física y filosofía no se encontraban distanciadas, sino que buscaban una complementación justamente porque el conocimiento era uno, pero a él se podía acceder de diferentes maneras. En ese entonces la filosofía mantenía, aún, una concepción holista sobre sí misma ya que no se trataba simplemente de un análisis sobre las ideas, sino que estaba enmarcada dentro de un mundo físico que era innegable, lleno de formas y estructuras que por el mismo hecho de rodearnos merecían ser estudiadas filosóficamente. Lastimosamente, tiempo después, aconteció el divorcio entre la ciencia y la filosofía, creando un espacio delimitado para cada una, donde parece imposible que se infiltren entre sí.

¿Qué es el conocimiento hoy?, se dice el filósofo y tiembla frente a la idea de un comercio de la información; la desviación de la conciencia no solo ha derivado en lo externo, sino que también comienza a comerciar con tal o cual dato, conclusión o investigación. Nos encontramos frente a una banalización del conocimiento donde prima la cantidad frente a la calidad, la imagen frente al contenido, la repercusión económica frente a la verdadera contribución hacia la humanidad.

María Teresa Pozzoli dirá, en efecto, que “ninguna dimensión humana escapa a la regulación que ejerce el imperativo del pragmatismo económico” (Pozzoli, 2007: 1). Bajo esta premisa es necesario también recordar que el conocimiento ha mantenido desde los inicios una dimensión política que responde a la coyuntura histórica: para citar un

ejemplo recurriré a la filosofía de la Edad Media, donde “la filosofía [...] se da la mano en este período con la fe religiosa, y la fe religiosa con ella” (Hirschberger, 1959: 215) situación que sin ser del todo nueva (considerando que en otros sistemas filosóficos como el egipcio se manejaba la misma estructura), sí se constituye como característica importante gracias al trabajo realizado, en Occidente, por la Iglesia. Por tanto, puede aceptarse y constatarse que la mayor parte del conocimiento generado durante el Medievo ha sido regulado por los grupos de poder correspondientes, limitándolo en ciertos ámbitos y desarrollándolo con mayor fuerza en otros.

Así, concluimos que el conocimiento no es –ni de cerca– independiente, sino que depende de quienes puedan controlar su producción (como en otras esferas humanas: arte, lenguaje, religión, etc.). Más aún, hoy en día el filósofo se encuentra frente a un conglomerado de conocimiento’s, es decir, el ser humano comienza a medirlo y cuantificarlo, proceso que se inicia, según Pozzoli, con los descubrimientos de Newton, donde toda la realidad parece poder reducirse a un sistema mecánico previsible y –lo que es más peligroso para la filosofía y las ciencias humanas en general– objetivo.

La mensurabilidad, la cuantificación y la descomposición en elementos sencillos, la materialidad de la realidad, se convierten en los referentes centrales que sirven para describir la realidad objetiva de cualquier hecho. De estos parámetros queda exenta la realidad de la cultura, del amor o de las naderías del arte, quedando relegadas a la evaluación de la subjetividad del sujeto (Pozzoli, 2007: 3).

De hecho, la ciencia plantea un modelo del conocimiento que rompe epistemológicamente con los saberes populares, con la opinión y con toda comprensión de mundo que tenga un carácter precientífico,⁴ eliminando así a la reflexión filosófica. La realidad se materializa y el conocimiento va de a poco especializándose, pero también olvidando el horizonte, el único horizonte real que posee y por el que es poseído: la humanidad. Esta situación se evidencia en campos como el de la ciencia médica o biológica donde se realizan nuevos y descubrimientos impresionantes que ayudan a esclarecer pequeñas partes de grandes problemas; en apariencia esto no es una dificultad, pero se convierte en tal cuando los investigadores buscan estas respuestas con una finalidad distinta a la de ayudar y contribuir a que todos los seres humanos tengan mejores condiciones de vida. Es entonces cuando la humanidad, en cuanto horizonte real del conocimiento, se convierte en un espejismo y los científicos aislados promulgan sus avances ignorando que mujeres y hombres son

seres biopsicosocioculturales, es decir, que sus problemas están interconectados y por ende no tienen una sola respuesta.

Sin embargo, no se puede pensar que el despertar científico sea el único culpable de esta situación epistemológica; si bien aparece como el modificador constante de los paradigmas humanos, la filosofía se ha alejado sutilmente del quehacer humano, permitiendo que el “olvido del ser” heideggeriano continúe con su labor deshumanizadora. Ya no se halla una filosofía como la naturalista, donde el conocimiento podía constituirse con una sola esencia pero ser alcanzado mediante diversas metodologías. No. Como Stephen Hawking se atreve a demostrar:

Viviendo en este vasto mundo [...] nos hemos hecho siempre una multitud de preguntas [...] ¿Cuál es la naturaleza de la realidad? ¿De dónde viene todo lo que nos rodea? [...] Tradicionalmente, esas son cuestiones para la filosofía, pero la filosofía ha muerto. La filosofía no se ha mantenido al corriente de los desarrollos modernos de la ciencia [...]. Los científicos se han convertido en la antorcha del descubrimiento en nuestra búsqueda del conocimiento (Hawking, 2012: 11).

Por otro lado, debemos considerar que la construcción del conocimiento ha tenido su propio desarrollo histórico respondiendo a los diversos factores contextuales por los que fue y es influenciado, encontrando así disputas sobre la forma en que este proceso se realiza: el racionalismo de Descartes frente al empirismo de Bacon, por citar un ejemplo. Podemos señalar, sin embargo, que en la mayoría de casos y líneas filosóficas surgidas se trata de un problema sobre el ‘sujeto’ que conoce y no tanto sobre la posición del ‘objeto’ en dicho conocimiento; entonces, el filósofo pregunta si conoce mediante la razón o mediante la experiencia o tal vez mediante una combinación de ambas como propuso Kant.

Sea cual fuere la línea que se tome es inevitable regresar nuestra mirada al ‘sujeto’ que aprehende y por ello es de vital importancia que en toda construcción del conocimiento seamos capaces de observarnos, es decir, capaces de medir nuestros actos recordando que no estamos solos en el mundo, que el conocimiento no le pertenece a nadie mientras pueda ser modificado y utilizado con diversos fines.

Ya con este panorama general sobre la actualidad filosófica y gnosológica, podemos avanzar en nuestro cometido.

¿Existe la transdisciplinariedad?

Presenciamos, en primera instancia, un problema de significación. Manejamos de forma semejante los términos transdisciplinariedad, interdisciplinariedad, pluridisciplinariedad y multidisciplinariedad, como

si fuesen sinónimos, cuando en realidad cada uno de ellos hace referencia a una red de relaciones muy precisas y diversas que buscan alcanzar conclusiones acerca de un mismo conocimiento.

El origen de estos términos puede rastrearse como en un devenir histórico, es decir, el uno fue la base (no la causa) del otro y así sucesivamente, pero aunque esto parezca evidente no necesariamente refleja la realidad del conocimiento actual.

Haciendo un brevísimo recorrido encontramos que el inicio es la multidisciplinariedad caracterizada por Jurjo Torres (1998) como una coordinación muy básica y precaria entre disciplinas donde:

La comunicación entre las diversas disciplinas estaría reducida al mínimo. Vendría a ser la mera yuxtaposición de materias diferentes que son ofrecidas de manera simultánea con la intención de sacar a la luz algunos de sus elementos comunes, pero nunca llegan a hacer claramente explícitas las posibles relaciones entre ellas (Torres, 1998: 278).

Por tanto, sobre el trabajo previo de la multidisciplinariedad aparece la pluridisciplinariedad como la relación donde las disciplinas logran algún tipo de convergencia, por muy débil o mínima que esta parezca, en palabras de Basarab Nicolescu.

La pluridisciplinariedad consiste en el estudio del objeto de una sola y misma disciplina por medio de varias disciplinas a la vez [...]. El objeto saldrá así enriquecido por la convergencia de varias disciplinas. El conocimiento del objeto dentro de su propia disciplina se profundiza con la aportación pluridisciplinaria fecunda (Nicolescu, 1994: 34).

Posteriormente aparece en escena la interdisciplinariedad donde la convergencia disciplinaria ya no es aislada, sino constante e incluso necesaria; así lo describe Ezquiél Ander: “la problemática de la interdisciplinariedad evoca la idea de puesta en común y de intercambio entre diferentes disciplinas. Es una forma de preocupación por tender hacia la unidad del saber, habida cuenta de la complejidad de lo real” (Ander, 1994: 93), es decir, aquí las diversas disciplinas ven desde el inicio una meta en conjunto, reconociendo que el conocimiento constituye un gran rompecabezas.

Con todo esto parecería lógico que el conocimiento humano avance de manera coherente e incluso holística, sin embargo, aún falta un paso clave hacia la última instancia: la transdisciplinariedad, ¿qué factor la determina? La palabra. El discurso. La posibilidad de expresar sus logros.

Si aceptamos que –como ya se había señalado– la palabra es la herramienta principal para asir el mundo, es evidente que necesitamos un lenguaje que logre expresar la transdisciplinariedad, que supere los vacíos

existentes entre las diferentes ciencias y sus logros, pues de otra manera será imposible que se dé a conocer. Sin embargo, es necesario señalar que este lenguaje no es simplemente el lenguaje lógico-formal o filosófico, sino que debemos estar en la capacidad de reconocer la importancia de otros lenguajes que, siendo diferentes, nos pueden mostrar un camino.

Históricamente la relación entre filosofía y poesía no ha sido buena, mas me parece pertinente citar aquí al poeta argentino Roberto Juarroz para explicar cuál es la imposibilidad actual de la transdisciplinarietà. Juarroz plantea que el suceso transdisciplinario es, en sí mismo, un cambio de visión frente a la totalidad humana y por tanto necesita de un cambio de lenguaje sin el cual la transdisciplinarietà se construiría como un castillo en el aire.⁵ Juarroz concluye que sí existe tal lenguaje transdisciplinario y lo encuentra en el arte, específicamente en la poesía. En otras circunstancias esta salida sería totalmente válida, pero es ampliamente conocido que el lenguaje artístico no llega a todos y muchas veces no logra expresar su cometido a los pocos que lo alcanzan, por tanto –al menos por el momento– obviaremos esta propuesta.

Así, ¿cuál sería este lenguaje? ¿Su inexistencia anularía la transdisciplinarietà? Aparentemente sí, pues también es sabido que el lenguaje de un físico nuclear resulta completamente indescifrable para un ingeniero comercial aunque ambos estén en la misma búsqueda de conocimiento⁶.



¿Cómo crear un lenguaje transdisciplinario?

La respuesta a esta incógnita aún es trabajada por todos, sin embargo, podemos volver a la propuesta de Juarroz (ya que hemos obviado su conclusión) solo para vislumbrar el inicio constructivo de dicho lenguaje. Y en este punto el poeta argentino coincide de manera casi completa con el físico rumano Basarab Nicolescu, al reconocer que el primer paso es aceptar una realidad que no es estática, sino dinámica, que consta de diversos ‘niveles’⁶ que deben ser manejados cada uno con su propio lenguaje, pero que a su vez deben, de alguna manera, poderse acoplar para una explicación más global sobre la realidad. No se trata de mezclar los conocimientos para generar un lenguaje totalitario, sino de descubrir dónde termina cada fracción del conocimiento y dónde comienza la siguiente, con el fin de que ese lazo casi indistinguible exprese sus propias conexiones. Reconocer que la realidad no es estática nos lleva a considerar que es un gran conglomerado de relaciones interdependientes que se necesitan la una a la otra para explicarse en conjunto.

Por tanto, la transdisciplinarietà tiene que trabajar sobre el conocimiento de diversas maneras: 1) debe ser capaz de aceptar que sus límites



son ambiguos y no determinarse totalmente a un solo ámbito, 2) debe ir construyendo un lenguaje propio, a su medida y a medida de lo externo, de los 'Otros', quienes desean acceder a sus conclusiones aunque no se encuentren dentro de su búsqueda. ¿Para qué conocer si no podemos compartir dicho conocimiento? 3) debe ser capaz de volver a la filosofía, es decir, debe ser parte misma del ser humano evitando separarse completamente de lo llamado externo, 'ajeno'. La vuelta a la filosofía significa regresar la mirada sobre el ser humano para desde allí reubicar todo el conocimiento adquirido, implica que la ciencia sea capaz de preguntarse sobre sus propios límites y sobre la necesidad de tomar en cuenta los saberes populares, la cultura, las necesidades que nos afligen. No podemos quedarnos en la exposición del problema y no ofrecer una solución, por tanto, citando a la psicóloga Dolores Miranda, esta construcción del lenguaje transdisciplinario debe ser obra de las universidades:

Las universidades tienen como parte de su misión el describir y producir explicaciones sobre las realidades, y más importante, contribuir a las transformaciones sociales que conduzcan a eliminar formas de dominación y despojo. Esta óptica complejiza el papel de lo universitario para asumir una responsabilidad que no es privativa de las disciplinas con sus absolutos y exclusiones. Requiere otra manera de construir conocimiento: transdisciplinar (Miranda, 2008: 3).

Desde esta propuesta se vislumbra, además, la finalización de una era donde cada disciplina se postulaba como superior a otra haciendo uso, cada una, de lo que Juarroz llama "lenguajes auxiliares", es decir, los referidos desde su óptica hacia el conocimiento. Solo generando una conciencia acerca de la diversidad de realidades existentes los jóvenes estudiantes pueden reflexionar en otros ámbitos de aquellos a los que están acostumbrados. El plano ético (que necesariamente se inmiscuye en la filosofía) debe prevalecer en la formación universitaria como base. Y esta ética –siempre personal y autónoma– es la que en última instancia puede, desde cualquier disciplina, encontrar al Ser cuando es capaz de reconocerse a sí mismo como un Yo independiente pero que no vive de forma aislada, que tiene necesidades sabiendo que estas no pueden violentar las necesidades de los Otros. Cuando se logra un real reconocimiento de ese Yo como ser humano se descubre que existen Otros que no son iguales, pero que de una u otra manera me recuerdan a mí mismo y por tanto merecen también ser reconocidos. Este encuentro del Ser simboliza el regreso a un estado más armónico donde no es necesario 'chocar' sino 'dialogar'.

Conclusión, solución y filosofía ¿?

La transdisciplinariedad existe como concepto pero no como práctica. Una de las razones es porque carece de lenguaje propio, lo que hace imposible su rastreo en la vida humana diaria. No existe una visión holística de la humanidad (no del conocimiento sino de lo humano).

Cassirer (2004) declara que el conocimiento científico tiene una prehistoria metafísica pues funciona apenas como un disfraz a la eterna discusión filosófica acerca del sujeto y el objeto; discusión que cambió de paradigma a partir de Descartes con el famoso *cogito, ergo sum*, premisa que alteró la situación de la ‘entidad’ –comprendida bajo su acepción aristotélica–, pues el ‘ente’ comienza a tratarse como un objeto externo que pasa, necesariamente, por la mente de un sujeto. Su existencia radica en ese reconocimiento validado en la palabra, lo conocido no existe hasta que no es nombrado, acudiendo a una dualidad casi insuperable que, además, aísla al propio conocimiento como una realidad aparte, entre el sujeto y el objeto: el conocimiento se distingue de ambos ya que se trata de un nivel conceptual, abstracto, que si bien hace referencia al sujeto y al objeto, no logra alcanzar completamente a ninguno de los dos. Nos es necesario pero no nos pertenece. Sin embargo, antes de la duda cartesiana la relación entre entidades que conocían no era tan distante, situación que se hace evidente en Parménides cuando declara que “uno y lo mismo es el pensar y el ser”, donde el conocimiento no está aislado del ser y el ser no está aislando del pensamiento, la reflexión filosófica de esta forma de conocer parte de la totalidad hacia la totalidad.

En este punto parece importante recordar cuál es el conocimiento, pues cuando hablamos de una búsqueda estamos aceptando que de una u otra manera tenemos información previa acerca del objeto de indagación. Si –como decía Ortega y Gasset– la filosofía es la visión de la trastienda de la tienda, nos encontramos con que la filosofía se encarga de la realidad última como la teleología de sus reflexiones. Sea cual sea la rama en la cual se está tratando todo quehacer filosófico se pregunta en última instancia acerca del Ser.⁷ La cita de Gasset nos lleva a considerar, por tanto, que la filosofía debe ser el pilar sobre el cual podemos levantar el conocimiento, tomando en cuenta que todo conocimiento está incompleto si nos desconocemos a nosotros mismos como humanos. La filosofía debe encargarse de ver más allá de los avances transdisciplinarios para hallar su verdadera utilidad en cuanto es capaz de mejorar las condiciones de vida humanas.

Por tanto, –recordando lo a Cassirer– el conocimiento científico, hoy altamente especializado, se remite mediante innumerables técnicas, leyes y descubrimientos a describir qué es y cómo funciona el ser hu-

mano: ¿no es esto acaso lo mismo que encontrar su esencia última?, ¿su Ser en cuestión? Aparentemente es antagónico a los saberes populares, la filosofía, la religión y la cultura, pero visto de cerca se trata de la misma búsqueda donde la finalidad es el ser humano en su totalidad, aquello que le hacer ser lo que es y no otra cosa, el por qué de su accionar, las razones de su estancia en el espacio y el tiempo, así como la búsqueda de sí mismo.

El conocimiento puede parecer múltiple, medible y cuantificable como quiere hacernos creer la actual estructura socioeconómica gracias –justamente– a la especialización desmedida que no logra relacionarse; esto provoca que nos encontremos con datos aparentemente aislados que se manejan cual sistema computarizado al que se accede de diversas maneras, siendo una de ellas la comercialización. Sin embargo, esto no es real, es apenas la apariencia del verdadero conocimiento que no surge del conglomerado disciplinario existente, sino de cada persona dispuesta a reflexionar sobre la realidad de sí misma. Sócrates ya lo ha señalado en dos de sus más famosas frases: “solo sé que nada sé” y “conócete a ti mismo”. Ahí radica toda la posible sabiduría que aprehenderá la humanidad: toda otra idea sobre conocimiento ‘s’ puede ser necesaria, pero representa apenas una pequeña pieza del rompecabezas, pues –como se ha dicho– no puede existir una construcción del conocimiento sin conocernos a nosotros mismos como seres humanos.

¿Cómo puede alguien pronunciar la palabra ‘casa’ sin antes conocer el idioma? Es tan imposible como una transdisciplinariedad que olvida al Ser, que se distrae en las múltiples entidades, que en la actualidad ni siquiera logran ser tales pues –como habrá señalado Heidegger– se han transformado en objetos, siendo esto uno de los más grandes peligros de la cientificidad. La ética y la dignidad humana son olvidadas en aras de mayor ‘conocimiento’, se considera que es plausible experimentar, destruir y alterar todo aquello que es ‘otro’ para el bien personal, así lo expresa Stella Mariz Martínez en su investigación sobre la experimentación en seres humanos:

La investigación farmacológica realizada en el ámbito hospitalario, con personas pobres y otros grupos de autonomía reducida como: débiles mentales y minorías étnicas, ha sido muchas veces injusta y abusiva. Como los investigadores han obtenido por estos estudios prestigio, honores y consideración social, beneficios no reducibles a simples términos económicos, la sociedad ha creído demasiado en la supuesta “pureza” o “neutralidad” de la ciencia y de los científicos (Martínez, 2005: 39).

No es este un problema meramente filosófico, trasciende a esferas mucho más preocupantes como la destrucción de los recursos naturales.

La ciencia descubre cada día nuevos datos acerca de las constituciones biológicas, químicas y geológicas del planeta, pero las grandes corporaciones transnacionales pueden obviar todo estudio y destruir en pocas horas cientos de hectáreas forestales o contaminar zonas protegidas. Solo en la Amazonía ecuatoriana, durante el período 2000-2008, se perdieron 19.778,6 hectáreas por año,⁸ sabiendo que es una de las zonas con mayor biodiversidad del planeta. ¿Ha servido tal conocimiento para salvar a las especies únicas que habitan en nuestros bosques?, ¿cuántos científicos pueden ser reconocidos no solo por el número de libros publicados, sino por la puesta en marcha de proyectos que salven medioambientes únicos en el mundo? La ciencia, así como la filosofía, reman en el discurso, observan la superficie de la realidad, la nombran, caracterizan y estudian, pero no son capaces de adentrarse en su esencia para comprenderla realmente; su error es trabajar como agentes externos que observan al mundo y a la humanidad como elementos aislados a los que no se pertenecen. No podemos hablar de un verdadero conocimiento si los investigadores no se consideran parte de aquello que investigan, se necesita una puesta en escena mucho más personalista y responsable.

Es, por tanto, un problema de carácter humano y no solamente disciplinario. Si lo observamos desde la psicología descubrimos que históricamente ella necesitó un campo experimental para ser considerada como ciencia, sin embargo, al recaer sus estudios sobre temas tan subjetivos como la conciencia, se vio obligada a cambiarlos hasta llegar a elementos realmente experimentables como la conducta. Empero ciertas técnicas utilizadas en las primeras décadas del despegue científico de la psicología distan bastante del trato humano digno: descargas eléctricas, lobotomías y uso de drogas con efectos secundarios son algunos ejemplos que nos hacen preguntarnos ¿dónde quedó en ese entonces el ser humano?

Por otro lado podríamos citar a la comunicación social y la ‘propaganda de guerra’, esparcida por Europa durante la Segunda Guerra Mundial, la cual tuvo un papel protagónico en la vida de las sociedades alrededor del globo. La propaganda es considerada en ese contexto como “un acto de violencia mental para inducir a alguien a someterse a nuestra voluntad” (Pizarroso, 2009: 51) y desde ahí parte el actual paradigma de la comunicación social que se yergue en la mayoría de países democráticos como el ‘cuarto poder’. Los *mass media* manejan la información según ciertos lineamientos bastante selectivos, dominados por el poder político y los intereses bancarios, ¿qué papel juega aquí el ciudadano, el ser humano que busca conocer lo que acontece en su latitud? Ortega y Gasset ya lo diría en *La rebelión de las masas*, el ser humano se convierte en un “hombre-masa” que, llevado por la banalidad que se presenta en los medios de comunicación, reconoce esa irrealidad como lo verdadero,



como lo seguro y lo transparente, relleno de personas que como corderos son manejados por los *mass media*. Hemos llegado a un punto crítico donde no es importante ‘lo que vemos por televisión’ sino ‘la cantidad de cosas que vemos por televisión’, y esto trae canales con programas poco o nada culturales, llenos de estereotipos y abarrotados de mensajes publicitarios, que incitan a los televidentes a salir de sus casas para comprar, activando así el círculo vicioso del sistema, “la publicidad desde un punto de vista estrictamente económico, actúa sobre la demanda del consumidor a través de los efectos que provoca en sus necesidades y a través de los que provoca en su propensión al consumo” (1993: 292) declara José Ramón Sánchez, en su *Teoría sobre la publicidad*, dejando en claro cuál es el verdadero rol del *marketing*.

Es aquí donde la comunicación social debe regresar su mirada al Ser, estar en la capacidad de reconocer que del otro lado existe toda una humanidad pensante que merece respeto, que está harta de las ideas preconcebidas y los prejuicios. Esta visión permitiría que la comunicación sea bidireccional, evitando que los medios se construyan a sí mismos como los dueños del conocimiento para convertirlos más bien en formas activas de conectar a la sociedad con la información.

Considero que el conocimiento seguirá en su eterna soledad si solo se limita a ser una base de datos general, precisa y objetiva, si no logra volver a adentrarse en el sujeto humano. La desviación de la conciencia hacia lo superficial del conocimiento no necesariamente es eterna, por tanto, la solución más plausible es que las disciplinas sean capaces de recordar su génesis para así también recordar la verdadera finalidad de sus búsquedas.

Nos queda también buscar una construcción del conocimiento más ética, que parta desde la reflexión personal, desde el reconocimiento del Yo y del Otro en un mismo nivel mientras a su vez toma en cuenta el contexto histórico-social, los valores culturales y el lenguaje. Hay que abandonar la idea conocimiento = objetividad para considerar también la ‘diversidad’, recordando los distintos niveles de la realidad. Esta construcción del conocimiento debe arrastrar los problemas de una época donde la banalización se encuentra a la orden del día, la época de la inmediatez, pero también de las posibilidades y la comunicación.

Notas

- 1 Entendiéndose ‘ente’ como una forma de participación del ser y ‘otro’ no como un ‘no ente’, sino simplemente como ‘el otro ente’ con el que interactúa, es decir, con el mundo mismo.



- 2 El pensamiento oriental, así como el aborigen americano, mantienen arraigado otro concepto sobre el conocimiento y el conocer, sus acepciones vienen construidas sobre una cosmovisión particular que, sin ser antagónica, es distinta. Claros ejemplos de esta diferenciación se pueden encontrar en la construcción sintáctica del kichwa, donde pronombres posesivos como 'mío' no existen. La apropiación que se vislumbra en Occidente no tiene cabida en estas construcciones culturales y por tanto me parece necesaria la aclaración.
- 3 "En un sentido designa la forma, la esencia de la cada cosa [...] en otro sentido se aplica al sujeto primero en que se ha producido alguna cosa [...] significa, por tanto, en primer lugar la forma y en segundo la materia, la sustancia primera de cada cosa" (Aristóteles, 2007: 175).
- 4 Esta idea es tratada desde los estudios latinoamericanos (Mato, 2003).
- 5 En efecto, desde la postura filosófica de Wittgenstein se puede llegar a la misma conclusión cuando plantea, en el *Tractatus Logico-Philosophicus*, que "los límites de mi lenguaje son los límites de mi mundo". Aunque esto en apariencia sería una reducción total de la filosofía y la realidad al lenguaje, en nuestro caso se toma como la necesidad de construir un lenguaje específico frente al cambio de visión que plantea Juarroz.
- 6 Niveles que vienen dados desde el descubrimiento de la física cuántica con Max Planck, que rompen de manera casi violenta con los presupuestos de la física 'tradicional', basada en el modelo de Einstein: la teoría general de la relatividad. En este último se explica de manera exitosa la dinámica de las grandes masas de materia, sin embargo, cuando sus leyes pretenden aplicarse a escalas microscópicas pierden validez, demostrando que no existe un solo nivel de la realidad, sino al menos dos, y según los últimos estudios y teorías (como la teoría cuántica de las cuerdas) muchos más que dos.
- 7 El ser, en esta visión, se refiere a lo que subyace todo lo existente, esa profunda realidad metafísica que se hace evidente por sí misma en cuanto es.
- 8 Según datos del Ministerio del Ambiente, en un informe sobre la tasa de deforestación en el Ecuador continental (ver: www.ciudadaniainformada.com/fileadmin/fotografias/Veronica/tasadedeforestacion.pdf).



Bibliografía

- ANDER, Ezequiel
1994 *Interdisciplinariedad en educación*. Buenos Aires: Magisterio del Río de la Plata.
- ARISTÓTELES
2007 *Metafísica*. Madrid: Espasa Calpe.
- DESCARTES, René
1989 [1637] *Discurso del método*. Planeta: Barcelona.
- CASSIRER, Ernst
2004 *El problema del conocimiento en la filosofía y las ciencias modernas*. Tomo I. México: FCE.
- HAWKING, Stephen
2012 *El gran diseño*. Colombia: Planeta.
- HIRSCHBERGER, Johannes
1959 *Historia de la filosofía*. Tomo I. Barcelona: Herder.

- JUARROZ, Roberto
1994 “Algunas ideas sobre el lenguaje de la transdisciplinariedad”. [En línea]. Comunidad de Pensamiento Complejo. Argentina, disponible en: www.pensamientoComplejo.com.ar/docs/files/juarroz_el%20lenguaje%20de%20la%20transdisciplinariedad.pdf
- MIRANDA, Dolores
2008 “Hacia el estudio transdisciplinario en la psicología”. [En línea]. Asociación Colombiana de Facultades de Psicología, disponible en: www.ascofapsi.org.co/documentos/2008/transdisciplinariedad.pdf
- NICOLESCU, Basarab
1994 “La transdisciplinariedad - desvíos y extravíos”. [En línea], disponible en: www.complejidad.org/cms/?q=node/22
1996 *La transdisciplinariedad. Manifiesto*. [En línea]. París: Du Rocher, disponible en: http://api.ning.com/files/brmkbGf*uSZiTFdCfwE*BVxAhx5RW4x-c12VeBTSK1xMCKOqSE5uBI9L8bbdhntWxE-jwu-Ix5SwzXzu1k967ru-maPS3fbkff/Bassarab_Nicolescu__La_Transdisciplinariedad_Manifiesto1.pdf
- PIZARROSO, Alejandro
2009 *Aspectos de propaganda de guerra en los conflictos armados más recientes*. [En línea], disponible en: www.compoliticas.org/redes/pdf/redes5/4.pdf
- POZZOLI, María Teresa
2007 “Transformar el conocimiento en la sociedad globalizada (pensamiento complejo y transdisciplinariedad)”. [En línea]. En: *Polis. Revista Académica*. Universidad Bolivariana. N° 16, junio de 2007, disponible en: www.revista-polis.cl/16/pozzoli.htm
- MARTÍNEZ, Stella
2005 *La investigación con seres humanos: entre el paraíso y el infierno*. [En línea]. En: *Revista Médica Rosario*. N° 71. Universidad Nacional de Rosario, pp. 36-41, disponible en: www.cimero.org.ar/pdfrevista/Entreelparaiso.pdf
- MATO, Daniel
2003 “Estudios y otras prácticas latinoamericanas en cultura y poder”. En: Catherine Welsh (ed.), *Estudios culturales latinoamericanos. Retos desde y sobre la región andina*. Vol. 1. Quito: Abya-Yala.
- SÁNCHEZ, José Ramón
1993 *Teoría de la publicidad*. Madrid: Tecnos.
- TORRES, Jurjo
1998 *Globalización e interdisciplinariedad: el currículum integrado*. Madrid: Morata.



Fecha de recepción del documento: 13 de agosto de 2012
Fecha de aprobación del documento: 25 de septiembre de 2012